Amor y Amistad

PARA MADAM LA COMTESSE DE FEUILLDE. ESTA NOVELA ESTA INSPIRADA POR SU OBLIGADA HUMILDE SIRVIENTE.

LA AUTORA.

“Engañada en la amistad y traicionada en el amor”

Primera Carta. Isabel a Laura.

¿Qué tan seguido, en respuesta a mis repetidas súplicas de que le dieras a mi hija un relato detallado de las desgracias y aventuras de tu vida, me has dicho, “no, amiga mía, nunca cumpliré tus peticiones hasta que ya no esté en peligro de experimentar de nuevo tales horrores”?

De seguro ese tiempo está llegando. Hoy cumples 55 años. Si alguna vez se puede decir que una mujer está a salvo de la perseverancia obstinada de amantes indeseables y padres obstinados, de seguro es en esta etapa de la vida. Isabel.

Segunda carta. Laura a Isabel.

Aunque no esté de acuerdo contigo en suponer que nunca más sería expuesta a desgracias tan inmerecidas como las que ya he experimentado, para que no me acusen de obstinada o de mala voluntad, gratificaré la curiosidad de tu hija; y mucha es la fortaleza con la que sufrí muchas aflicciones de mi vida pasada, le enseñará una lección útil para enfrentar las que pueden sobrevenirle a ella. Laura

Tercera carta. Laura a Marianne.

Como la hija de mi más íntima amiga, creo que tienes derecho a conocer de mi triste historia, la cual tu madre me ha solicitado que te cuente tantas veces.

Mi padre era nativo de Irlanda y habitante de Gales; mi madre era la hija de sangre de un Escoces y una cantante de ópera italiana, nací en España y estudié en un convento en Francia.

Cuando cumplí 18 años fui llamada por mis padres de vuelta a la casa de mi padre en Gales. Nuestra mansión estaba situada en uno de las partes más románticas del Valle de Uske. Aunque ahora mis encantos están considerablemente atenuados y algo deteriorados por las desgracias por las que pasé, una vez fui hermosa. Así como era encantadora, las gracias de mis perfecciones eran remarcables. En todas las habilidades propias de mi sexo, era la maestra. Siempre superé a las enseñanzas que me daban; mis logros eran algo asombroso para la edad que tenía, y rápidamente superé a mis maestros.

En mi mente se concentraban todas las virtudes que podían embellecerla; era el punto de encuentro de toda buena cualidad y todo noble sentimiento.

Una sensibilidad demasiado viva ante cualquier aflicción de mis amigos, conocidos, y especialmente ante mis propias aflicciones, era mi único defecto---si es que podría llamarse defecto. ¡Ay! ¡Qué alterada estoy ahora! Aunque en verdad mis propias desgracias no me afectan menos que como lo solían hacer, ahora nunca siento nada por las de los demás. Mis habilidades también comienzan a desvanecerse. Ya no puedo cantar tan bien ni bailar con la gracia de antes, y he olvidado por completo el Minuet de la Cour.

---Laura

Cuarta carta. Laura a Marianne.

Nuestro vecindario era pequeño, ya que consistía solamente de tu madre. Probablemente ya te haya contado que, al haber sido dejada por sus padres en circunstancias de indigencia, se mudó a Gales por motivos económicos. Fue allí donde nuestra amistad comenzó por primera vez. Isabel tenía en ese entonces veintiún años. Aunque era agradable tanto en su aspecto como en sus modales (entre nosotras), nunca poseyó ni una centésima parte de mi belleza o de mis talentos.

Isabel había conocido el mundo; pasó dos años en uno de los principales internados de Londres y pasó una quincena en Southampton.

“Ten cuidado, Laura” (ella solía decir), “Ten cuidado con las vanidades insípidas y las ociosas disipaciones de la metrópolis de Inglaterra; ten cuidado con los lujos sin sentido de Bath y con los pescados apestosos de Southampton.

¡Ay! (Exclamé) ¿Cómo voy a evitar esos males a los que nunca debería ser expuesta? ¿Qué probabilidad hay de que alguna vez pruebe las disipaciones de Londres, los lujos de Bath, o los pescados apestosos de Southampton? Yo, que estoy condenada a desperdiciar mis días de juventud y belleza en una humilde cabaña en el Valle de Uske.”

¡Ah! Poco pensaba yo entonces que estaba destinada tan pronto a abandonar esa humilde cabaña por los engañosos placeres del mundo. Adiós.

Laura.

Quinta carta. Laura a Marianne.

Una tarde en diciembre, mientras mi padre, mi madre y yo, estábamos reunidos amenamente conversando alrededor de la fogata, nos sorprendió de repente un violento golpe en la puerta exterior de nuestra cabaña rústica.

MI padre se sobresaltó. “¿Qué ruido es ése?”, dijo él. “Suena como si estuvieran golpeando fuertemente la puerta”, respondió mi madre. “En efecto, exclamé yo. “Estoy de acuerdo contigo”, dijo mi padre. “Ciertamente parece provenir de una violencia poco común ejercida contra nuestra inofensiva puerta”. “Sí”, exclamé yo. No puedo dejar de pensar que debe ser alguien que golpea para que lo dejemos entrar”.

“Ése es otro asunto”, respondió él; “No debemos pretender determinar el motivo por el cuál la persona puede estar golpeando, aunque de que alguien está llamando a la puerta, estoy casi convencido”.

En ese momento, un segundo y tremendo golpe interrumpió el discurso de mi padre, y nos asustó un poco a mi madre y a mí.

“¿No sería mejor que fuéramos a ver quién es?”, dijo ella. “Los sirvientes no están”. “Creo que sí deberíamos”, respondí yo. “Por supuesto”, añadió mi padre, “sin duda alguna”.

“¿Vamos ahora?” preguntó mi madre. “Cuanto antes, mejor”, contestó él. “Oh! Que no se pierda tiempo”, exclamé yo.

Un tercer golpe, más violento que los anteriores, volvió a asaltar nuestros oídos. “Estoy segura de que hay alguien golpeando la puerta”, dijo mi madre.

“Creo que debe de haber”, dijo mi padre. “Me parece que los sirvientes han regresado”, dije yo. Creo oír a Mary acercarse a la puerta. “Me alegra”, exclamó mi padre, “tengo muchas ganas de saber quién es.

Tenía razón en mi suposición; porque Mary, al entrar inmediatamente en la habitación, nos informó que un joven caballero y su criado estaban en la puerta, que se habían perdido, tenían mucho frío y pedían permiso para calentarse junto a nuestro fuego.

“¿No los vas a admitir?”, dije yo. “¿No tienes objeción, querida?”, preguntó mi padre. “Ninguna en el mundo”, respondió mi madre. Mary, sin esperar órdenes, salió de inmediato de la habitación y rápidamente regresó presentando al joven más hermoso y amable que jamás había visto. Al sirviente lo mantuvo aparte. Mi sensibilidad natural ya había sido profundamente conmovida por el sufrimiento del desafortunado extraño, y apenas lo vi por primera vez, sentí que de él dependía la felicidad o la miseria de mi vida futura. Adiós.

Laura

Sexta carta. Laura a Marianne.

El noble joven nos informó que su nombre era Lindsay, pero por razones particulares lo ocultaría bajo el nombre de Talbot. Nos contó que era hijo de un baronet inglés y que tenía una hermana de estatura media. “Mi padre ---continuó--- es un hombre malo y mercenario; Solo a amigos cercanos cono a esta querida persona le revelaría de sus defectos.

Tus virtudes, mi amable Polyvore (dirigiéndose a mi padre), tuyas, querida Claudia, y tuyas, mi encantadora Laura, me obligan a depositar en ustedes mi confianza. Nos inclinamos. “Mi padre seducido por el falso brillo de la Fortuna y el engañoso esplendor del Título, dentro de mí al dar mi mano a Lady Dorothea. “¡No, nunca!”, exclamé yo. Lady Dorothea es una encantadora y encantadora, no prefiero a otra mujer que no sea ella; pero sepa, señor, que desprecio casarme con ella para cumplir sus deseos. ¡No!, nunca se dirá que obligué a mi padre. Todos admiramos la noble hombría de su respuesta. Él continuó

“Sir Edwards se sorprendió; quizás no esperaba encontrar una oposición tan decidida a su voluntad. ‘¿Dónde, Edward, en nombre de la sorpresa —dijo él—, aprendiste esta charla sin sentido? Sospecho que has estado leyendo novelas. “Desprecié responderle; habría sido por debajo de mi dignidad. Monté mi caballo y seguido por mi fiel William, partí rumbo a casa de mis tías.  
La casa de mi padre está situada en Bedfordshire, mis tías en Middlesex, y aunque me considero un alumno bastante competente en Geografía, no sé cómo ocurrió, pero este hermoso valle que encuentro está en el sur de Gales, cuando yo esperaba haber llegado a casa de mis tías. “Después de haber vagado algún tiempo por las orillas del Uske sin saber qué camino tomar, comencé a lamentar mi cruel destino de la manera más amarga y patética. Ya era completamente de noche, no había una sola estrella que guiara mis pasos y no sé qué habría podido pasarme si no hubiera distinguido al fin, a través de la solemne oscuridad que me rodeaba, una luz distante, que al acercarme descubrí que era el resplandor alegre de su fuego. Impulsado por la combinación de desdichas bajo las que me encontraba —a saber: miedo, frío y hambre— no dudé en pedir admisión, la cual finalmente he conseguido; y ahora, mi adorable Laura (continuó él, tomando mi mano), ¿cuándo podré esperar recibir la recompensa por todos los dolorosos sufrimientos que he soportado a lo largo de mi devoción hacia ti, aquella recompensa que siempre he anhelado? ¡Oh! Cuándo me recompensarás con tu propia persona?

“En éste mismo instante, querido y amable Edward”, respondí yo. Fuimos unidos de inmediato por mi padre, quien, aunque nunca había sido ordenado, había sido formado para la iglesia. Adiós.

Laura

Séptima carta. Laura a Marianne

Permanecimos solo unos pocos días después de nuestro matrimonio en el Valle de Uske. Tras despedirme con emoción de mi padre, mi madre y mi Isabel, acompañé a Edward a la casa de su tía en Middlesex. Philippa nos recibió a ambos con todas las muestras de afectuoso cariño. Mi llegada fue, en verdad, una sorpresa muy agradable para ella, ya que no solo desconocía por completo mi matrimonio con su sobrino, sino que ni siquiera tenía la más mínima idea de que existiera tal persona en el mundo.

Augusta, la hermana de Edward, estaba de visita en casa de Philippa cuando llegamos. La conocí exactamente como su hermano la había descrito: de estatura media. Me recibió con igual sorpresa, aunque no con la misma cordialidad que Philippa. Hubo una desagradable frialdad y una reserva distante en su manera de recibirme que fue tan angustiante como inesperada. No hubo en sus modales ni en su forma de dirigirse a mí aquella sensibilidad conmovedora o simpatía amable que debería haber marcado nuestro primer encuentro. Su lenguaje no fue cálido ni afectuoso, sus expresiones de aprecio no fueron ni animadas ni cordiales; no abrió los brazos para recibirme en su corazón, aunque los míos sí se extendieron para estrecharla al mío.

Una breve conversación entre Augusta y su hermano, que accidentalmente escuché, aumentó mi desagrado hacia ella y me convenció de que su corazón no estaba hecho ni para los suaves lazos del amor ni para el entrañable intercambio de la amistad.

—¿Pero crees que mi padre alguna vez se reconciliará con esta imprudente relación? —dijo Augusta.

—Augusta —respondió el noble joven—, creí que tenías una mejor opinión de mí que para imaginar que me degradaría tan abyectamente como para considerar la aprobación de mi padre en cualquiera de mis asuntos como algo de importancia o preocupación para mí. Dime con sinceridad, Augusta: ¿me has visto alguna vez consultar sus inclinaciones o seguir su consejo, ni siquiera en el más mínimo detalle, desde que cumplí quince años?

—Edward —respondió ella—, sin duda te das demasiado crédito a ti mismo. ¿Desde que tenías quince años solamente? Mi querido hermano, desde que tenías cinco años te absuelvo por completo de haber contribuido jamás, de buena gana, a la satisfacción de nuestro padre. Pero aun así, no puedo evitar temer que pronto te veas obligado a rebajarte ante tus propios ojos al buscar un sustento para tu esposa en la generosidad de Sir Edward.

—Jamás, jamás, Augusta, me rebajaré de esa manera —dijo Edward—. ¿Sustento? ¿Qué sustento necesitará Laura que pueda recibir de él?

—Solamente esos muy insignificantes llamados comida y bebida —respondió ella.

—¿¡Comida y bebida!? —replicó mi esposo con el más noble desprecio—. ¿Y acaso imaginas que no existe otro sustento para una mente exaltada (como la de mi Laura) que el vulgar e indecoroso acto de comer y beber?

—No conozco otro que sea tan eficaz —respondió Augusta.

—¿Y acaso nunca sentiste las dulces punzadas del amor, Augusta? —replicó mi Edward—. ¿Te resulta imposible, con tu alma vil y corrompida, vivir del amor? ¿No puedes concebir el lujo que supone sobrevivir a cada miseria que la pobreza pueda infligir, con el objeto de tu más tierna adoración?

—Eres demasiado ridículo —dijo Augusta— para discutir; sin embargo, quizás con el tiempo te convenzas de que…  
Aquí me impidieron oír el resto de su discurso, porque apareció una joven muy hermosa, que fue conducida al salón por la puerta junto a la cual yo había estado escuchando. Al oír que la anunciaban con el nombre de “Lady Dorothea,”

Enseguida dejé mi puesto y la seguí al salón, porque bien recordaba que ella era la dama que el cruel e implacable baronet había propuesto como esposa para mi Edward.

Aunque la visita de Lady Dorothea fue nominalmente para Philippa y Augusta, tengo razones para imaginar que —estando al tanto del matrimonio y la llegada de Edward— verla a mí fue uno de sus principales motivos.

Pronto me di cuenta de que, aunque era encantadora y elegante en su persona, y aunque su trato era fácil y cortés, pertenecía a ese orden inferior de seres en cuanto a la delicadeza de sentimientos, emociones tiernas y sensibilidad refinada, al que también pertenecía Augusta.  
Se quedó apenas media hora, y durante el transcurso de su visita no me confió ninguno de sus pensamientos secretos, ni me pidió que yo le confiara los míos.

Podrás imaginarte fácilmente, querida Marianne, que no podía sentir ningún afecto ardiente ni un apego muy sincero por Lady Dorothea. Adiós.  
Laura

Octava carta. Laura a Marianne, en continuación.

Lady Dorothea no nos había dejado hace mucho cuando fue anunciado otro visitante, tan inesperado como su señoría. Era Sir Edward, quien, informado por Augusta del matrimonio de su hermano, vino sin duda a reprocharle por haberse atrevido a unirse a mí sin su conocimiento. Pero Edward, previendo su intención, se le acercó con heroica fortaleza tan pronto como entró en la habitación y le habló de la siguiente manera.

Sir Edward, conozco el motivo de su viaje hasta aquí. Usted viene con el vil propósito de reprocharme por haber contraído un compromiso indisoluble con mi Laura sin su consentimiento. ¡Pero, señor, me enorgullezco de ello! Es mi mayor orgullo haber incurrido en el desagrado de mi padre.

Dicho esto, tomó mi mano y, mientras Sir Edward, Philippa y Augusta sin duda reflexionaban con admiración sobre su valentía indomable, me condujo desde el salón hasta el carruaje de su padre, que aún permanecía en la puerta, y en el cual fuimos trasladados de inmediato lejos de la persecución de Sir Edward.

Los postillones habían recibido al principio órdenes únicamente de tomar el camino hacia Londres; sin embargo, tan pronto como reflexionamos lo suficiente, les ordenamos que se dirigieran a M., la residencia del amigo más íntimo de Edward, que estaba a solo unos pocos kilómetros de distancia.

En M. llegamos en unas pocas horas; y al enviar nuestros nombres, fuimos inmediatamente admitidos por Sofía, la esposa del amigo de Edward. Después de haber estado durante tres semanas privada de una amiga verdadera (pues así llamo a tu madre), imaginá mi alegría al encontrar a una persona realmente digna de ese nombre. Sofía era un poco más alta que la estatura media; una suave languidez se reflejaba en sus hermosos rasgos, pero aumentaba su belleza. Era una característica de su mente.

Ella era toda sensibilidad y sentimiento. Nos lanzamos a los brazos la una de la otra y, después de haber intercambiado votos de amistad mutua para el resto de nuestras vidas, nos revelamos al instante los secretos más íntimos de nuestros corazones. Fuimos interrumpidas en ese encantador momento por la entrada de Augustus, (el amigo de Edward), que acababa de regresar de una caminata solitaria.

Nunca había visto una escena tan afectiva como el encuentro de Edward y Augustus.

—¡Mi vida! ¡Mi alma! —exclamó el primero—.  
—¡Mi ángel adorable! —respondió el segundo—. Mientras se fundían en sus sentimientos sobre Sophia y yo, nos desmayamos alternadamente sobre un sofá. Adiós.

Laura

Novena carta. De la misma a la misma.

Cuando el día estaba terminando recibimos la siguiente carta de Philippa;

Sir Edward está muy indignado por su partida abrupta; ha llevado de vuelta a Augusta a Bedfordshire.  
Por mucho que desee volver a disfrutar de su encantadora compañía, no puedo decidirme a arrebatárselos a unos amigos tan queridos y merecedores.  
Cuando su visita a ellos haya terminado, confío en que volverán a los brazos de su  
**Philippa**.

Respondimos con una carta adecuada a esta afectuosa nota y, después de agradecerle por su amable invitación, le aseguramos que ciertamente haríamos uso de ella siempre que no tuviéramos otro lugar adonde ir.

Aunque ciertamente nada podría haber parecido más satisfactorio, para cualquier ser razonable, que una respuesta sea tan agradecida a su invitación, sin embargo, no sé cómo fue, pero ciertamente fue lo suficientemente caprichosa como para disgustarse con nuestro comportamiento y, como venganza por nuestra conducta, se casó con un joven cazafortunas e ignorante

Este paso imprudente (aunque éramos conscientes de que probablemente nos privaría de aquella fortuna que Philippa siempre nos había hecho esperar) no pudo, por nuestra parte, arrancar ni un solo suspiro de nuestras almas elevadas; sin embargo, temiendo que pudiera convertirse en una fuente de interminable miseria para la desdichada novia, nuestra temblorosa sensibilidad se vio profundamente afectada cuando recibimos por primera vez la noticia del acontecimiento. Las afectuosas súplicas de Augustus y Sophia para que consideráramos su casa como nuestro hogar para siempre, nos convencieron con facilidad de no volver a marcharnos jamás. En la compañía de mi Edward y de esta adorable pareja, pasé los momentos más felices de mi vida.

Nuestro tiempo transcurría de manera encantadora, entre mutuas protestas de amistad y votos de amor inalterable, en los cuales estábamos seguros de no ser interrumpidos por visitantes intrusos o desagradables, ya que Augustus y Sophia, al llegar por primera vez al vecindario, se habían encargado debidamente de informar a las familias de los alrededores que, dado que su felicidad residía enteramente en ellos mismos, no deseaban otra compañía.

¡Pero, ay! Aquella dicha que entonces disfrutábamos era demasiado perfecta para durar. Un golpe sumamente severo e inesperado destruyó de inmediato toda sensación de placer.

Convencida como debés estar, por lo que ya te conté acerca de Augustus y Sophia, de que nunca existió una pareja más feliz, no creo necesario, me imagino, informarte que su unión había sido en contra de la voluntad de sus crueles y codiciosos padres, quienes habían intentado en vano, con obstinada perseverancia, obligarlos a contraer matrimonio con aquellos a quienes siempre habían aborrecido; pero con una fortaleza heroica, ambos se habían negado constantemente a someterse a semejante poder despótico.

Después de haberse desatado tan noblemente de las cadenas de la autoridad parental mediante un matrimonio clandestino, estaban decididos a no perder la buena opinión que habían ganado en el mundo al hacerlo, rechazando cualquier propuesta de reconciliación que sus padres pudieran haberles ofrecido como una prueba de su noble independencia; sin embargo, nunca se les presentó tal oferta.

Llevaban casados apenas unos meses cuando comenzó nuestra visita a ellos, durante los cuales habían contado con el apoyo suficiente de una suma considerable de dinero que Augusto había sustraído discretamente del escritorio de su indigno padre, pocos días antes de su unión con Sofía.

Para cuando llegamos, sus gastos se habían incrementado considerablemente, aunque sus medios para cubrirlos estaban casi agotados. Pero ellos, ¡seres elevados!, despreciaban siquiera pensar un momento en sus penurias económicas y se hubieran sonrojado ante la idea de pagar sus deudas. ¡Ay!

¿Cuál fue su recompensa por tan desinteresado comportamiento? El hermoso Augustus fue arrestado, y todos quedamos arruinados. Tal perfidia y traición por parte de los despiadados autores de semejante acto conmoverá tu naturaleza gentil, querida Marianne, tanto como afectó en su momento la delicada sensibilidad de Edward, Sophia, tu Laura y el propio Augustus.

Acabando de completar tal barbarie sin igual, nos informaron que pronto tendría lugar una ejecución en la casa. ¡Ah! ¿Qué podíamos hacer sino lo que hicimos? Suspiramos y nos desmayamos sobre el sofá.

Adiós, Laura.

Décima carta. En continuación.

Cuando nos hubimos recuperado un poco de las abrumadoras expresiones de nuestro dolor, Edward pidió que consideráramos cuál sería el paso más prudente a tomar en nuestra desgraciada situación, mientras él se dirigía a su amigo encarcelado para lamentar sus desdichas. Prometimos que así lo haríamos, y él partió en su viaje a la ciudad. Durante su ausencia, cumplimos fielmente con su deseo y, después de la deliberación más madura, finalmente acordamos que lo mejor que podíamos hacer era abandonar la casa, de la cual esperábamos en cualquier momento que los oficiales de justicia tomaran posesión.

Esperamos, por lo tanto, con la mayor impaciencia el regreso de Edward para comunicarle el resultado de nuestras deliberaciones. Pero Edward no apareció. En vano contábamos los tediosos momentos de su ausencia, en vano llorábamos, en vano incluso suspirábamos; Edward no regresaba. Fue un golpe demasiado cruel y demasiado inesperado para nuestra delicada sensibilidad; no pudimos soportarlo, solo pudimos desmayarnos. Finalmente, reuniendo toda la resolución de la que era capaz, me levanté y, después de preparar algunas prendas necesarias para Sophia y para mí, la llevé a la fuerza hasta un carruaje que había mandado pedir, y partimos inmediatamente hacia Londres. Como la residencia de Augustus estaba a doce millas de la ciudad, no tardamos mucho en llegar allí, y apenas habíamos entrado en Holborn cuando, bajando uno de los vidrios delanteros, pregunté a cada persona de aspecto decente que pasábamos: “¿Han visto a mi Edward?”

Pero como íbamos demasiado rápido para permitirles responder a mis repetidas preguntas, conseguí poca o, en realidad, ninguna información sobre él.  
—¿A dónde debo conducir? —dijo el postillón.  
—A Newgate, joven gentil —respondí—, a ver a Augustus.  
—¡Oh, no, no! —exclamó Sofía—, no puedo ir a Newgate; No podré soportar la vista de mi Augustus en un encierro tan cruel; mis sentimientos ya están bastante conmovidos por el relato de su desgracia, pero verlo en persona sobrepasará mi sensibilidad. Como estaba completamente de acuerdo con ella en la justicia de sus sentimientos, se le dio inmediatamente la orden al postillón de regresar al campo. Quizás te hayas sorprendido un poco, mi querida Marianne, de que en la angustia que entonces sufría, sin ningún apoyo y sin un lugar donde quedarme, nunca recordara ni a mi padre ni a mi madre, ni a la casita paterna en el valle de Uske. Para explicar este aparente olvido, debo informarte de una pequeña circunstancia sobre ellos que aún no he mencionado. La muerte de mis padres, pocas semanas después de mi partida, es la razón por la cual me convertí en la legítima heredera de su casa y fortuna. ¡Pero, ay! La casa nunca les perteneció realmente y su fortuna solo consistía en una anualidad sobre sus propias vidas. ¡Tal es la depravación del mundo! A tu madre habría regresado con gusto, habría estado feliz de presentarle a mi encantadora Sophia y con alegría habría pasado el resto de mi vida en su querida compañía en el valle de Uske, si no fuera porque un plan inesperado intervino: el matrimonio y traslado de tu madre a una parte lejana de Irlanda. Adios.

Laura

Décima primera carta. Laura en continuación.

—Tengo un pariente en Escocia —me dijo Sophia mientras salíamos de Londres—, y estoy segura de que no dudaría en recibirme.  
—¿Debería decirle al cochero que nos lleve hasta allá? —pregunté, pero al instante me di cuenta y exclamé—: ¡Ay, temo que será un viaje demasiado largo para los caballos!  
Sin embargo, sin querer actuar solo basándome en mi escaso conocimiento sobre la fuerza y resistencia de los caballos, consulté al cochero, quien estuvo completamente de acuerdo conmigo respecto al asunto. Por lo tanto, decidimos cambiar de caballos en la siguiente ciudad y continuar el resto del viaje por correos. Cuando llegamos a la última posada en la que íbamos a detenernos, que estaba a solo unas millas de la casa del pariente de Sophia, y sin querer imponerle nuestra compañía de manera inesperada e imprevista, le escribimos una nota muy elegante y bien redactada, en la que le contábamos nuestra situación de desamparo y melancolía, así como nuestra intención de pasar algunos meses con él en Escocia.

Tan pronto como enviamos la carta, nos preparamos de inmediato para seguirla en persona y estábamos a punto de subir al carruaje con ese propósito, cuando nuestra atención fue captada por la entrada de una carroza coronada tirada por cuatro caballos que ingresaba al patio de la posada. De ella descendió un caballero de considerable porte. En cuanto apareció, mi sensibilidad se vio profundamente conmovida, y antes de haberlo contemplado una segunda vez, una simpatía instintiva susurró a mi corazón que él era mi abuelo. Convencida de que no podía estar equivocada en mi conjetura, salté instantáneamente del carruaje en el que acababa de subir y, siguiendo al venerable desconocido hasta la habitación a la que había sido conducido, me arrodillé ante él y le supliqué que me reconociera como su nieta. Él se sobresaltó y, tras examinar detenidamente mis rasgos, me levantó del suelo y, rodeando mi cuello con sus brazos de abuelo, exclamó:  
—¡¿Reconocerte?! ¡Sí, querida imagen de mi Laurina y de la hija de Laurina! Dulce imagen de mi Claudia y de la madre de mi Claudia, te reconozco como hija de una y nieta de la otra.  
Mientras me abrazaba con tanta ternura, Sophia, asombrada por mi precipitada salida, entró en la habitación buscándome.

Apenas la noble figura posó los ojos sobre Sophia, exclamó con todos los signos de asombro:  
“¡Otra nieta! Sí, sí, veo que eres hija de la hija mayor de mi Laurina; tu parecido con la hermosa Matilda lo confirma claramente.”  
—¡Oh! —respondió Sophia—. “Cuando te vi por primera vez, el instinto natural me susurró que estábamos emparentados de algún modo, aunque no podía asegurar si eras mi abuelo.” Él la rodeó con sus brazos, y mientras se abrazaban tiernamente, la puerta del aposento se abrió y apareció un joven de una hermosura extraordinaria. Al verlo, lord St. Clair se sobresaltó y retrocedió unos pasos, alzando las manos exclamó:

—¡Otro nieto! ¡Qué felicidad tan inesperada es esta! ¡Descubrir en el transcurso de tres minutos a tantos de mis descendientes! Estoy seguro de que este es Philander, el hijo de la tercera hija de mi Laurina, la amable Bertha; Ahora solo falta la presencia de Gustavus para completar la unión de los nietos de mi Laurina.

—“Y aquí está (dijo un apuesto joven que en ese instante entró en la habitación), aquí está el Gustavus que desea ver. Soy el hijo de Agatha, la cuarta y más joven hija de su Laurina.”

—“Veo que realmente lo eres”, respondió Lord St. Clair, “pero dime” (continuó mirando con temor hacia la puerta), “dime, ¿tengo más nietos en esta casa?”

—“Ninguno, mi Lord.”

—“Entonces proveeré para todos ustedes sin más demora. Aquí hay cuatro billetes de banco de 50L cada uno. Tómenlos y recuerden que he cumplido con el deber de un abuelo.”

Salió de la habitación al instante y, poco después, de la casa. Adiós.

Laura

Décima segunda carta. Laura en continuación.

Te imaginarás lo sorprendidas que quedamos con la repentina partida de Lord St. Clair.  
—¡Innoble abuelo! exclamó Sophia.  
—¡Indigno abuelo! dije yo, y al instante nos desmayamos en los brazos la una de la otra.  
No sé cuánto tiempo permanecimos en esa situación;

Pero cuando recuperamos el sentido, nos encontramos solas, sin Gustavus, sin Philander, ni los billetes. Mientras lamentábamos nuestra triste suerte, se abrió la puerta del cuarto y anunciaron a “Macdonald”. Era primo de Sophia. La rapidez con que acudió en nuestro auxilio tan pronto después de recibir nuestra nota hablaba muy bien de él, tanto que no dudé en llamarlo a primera vista un amigo tierno y comprensivo. ¡Ay! Poco merecía ese nombre, porque aunque nos dijo que estaba muy preocupado por nuestras desgracias, según su propio relato, la lectura de ellas no le hizo ni pestañear, ni le impulsó a lanzar una sola maldición contra nuestras estrellas vengativas. Le dijo a Sophia que su hija dependía de que ella regresara con él a Macdonald-Hall, y que, como amigo de su primo, estaría feliz de verme allí también. Así que nos dirigimos a Macdonald-Hall, donde fuimos recibidas con gran amabilidad por Janetta, la hija de Macdonald y dueña de la mansión. Janetta tenia en ese entonces solo quince años; Naturalmente bien dispuesta, dotada de un corazón sensible y una disposición comprensiva, podría haber desarrollado esas cualidades admirables si hubieran sido adecuadamente fomentadas por la naturaleza; pero, desafortunadamente, su padre no poseía un alma lo suficientemente noble como para admirar una disposición tan prometedora, y se había empeñado por todos los medios a su alcance en evitar que esas cualidades crecieran con los años. En realidad, él había llegado a extinguir tanto la noble sensibilidad natural de su corazón, que logró convencerla de aceptar una propuesta por recomendación. Iban a casarse en pocos meses, y Graham estaba en la casa cuando llegamos. Pronto pudimos ver a través de su carácter. Era justo el tipo de hombre que uno podría esperar que fuera la elección de Macdonald. Decían que él era sensato, bien informado y agradable; no pretendíamos juzgar esas pequeñeces, pero como estábamos convencidos de que no tenía alma, que nunca había leído las tristezas de Werther, y que su cabello no tenía la menor semejanza con el color castaño rojizo, estábamos seguros de que Janetta no podía sentir ningún cariño por él, o al menos que no debería sentirlo. El simple hecho de que él fuera la elección del padre de Janetta jugaba completamente en su contra, de tal manera que, aunque él mereciera su cariño en todos los demás aspectos, eso por sí solo debería haber sido una razón suficiente, a los ojos de Janetta, para rechazarlo. Estas consideraciones estábamos decididas a presentárselas a Janetta en su justo contexto, sin dudar que obtendríamos el éxito deseado con alguien naturalmente tan bien dispuesta, cuyos errores en el asunto solo habían surgido por la falta de confianza adecuada en su propio criterio y un desprecio apropiado hacia la opinión de su padre. La encontramos, en verdad, todo lo que nuestros más fervientes deseos podrían haber esperado; no tuvimos dificultad alguna en convencerla de que era imposible que pudiera amar a Graham, o que era su deber desobedecer a su padre; lo único en lo que pareció dudar un poco fue en nuestra afirmación de que debía estar apegada a alguna otra persona. Durante un tiempo, insistió en declarar que no conocía a ningún otro joven por quien tuviera el más mínimo cariño; Pero al explicarle la imposibilidad de tal cosa, dijo que creía que le gustaba el Capitán M’Kenrie más que a cualquier otro que conociera. Esta confesión nos satisfizo, y después de enumerar las buenas cualidades de M’Kenrie, le aseguramos que era necesario saber si él alguna vez le había declarado su afecto de alguna manera. —“Tan lejos está de haberlo declarado, que no tengo razón para imaginar que alguna vez haya sentido algo por mí,” dijo Janetta.  
—“Eso seguro que te adora,” respondió Sophia, “no hay duda. El afecto debe ser mutuo. ¿Nunca te miró con admiración, te apretó la mano tiernamente, dejó caer una lágrima involuntaria y salió abruptamente de la habitación?”  
—“Nunca,” respondió ella, “que recuerde, siempre se fue cuando su visita terminó, pero nunca se marchó de forma especialmente abrupta ni sin hacer una reverencia.” —“De hecho, mi amor,” dije yo, “debes estar equivocada, porque es absolutamente imposible que él alguna vez te haya dejado sin Confusión, Desesperación y Prisa. Piensa un momento, Janetta, y te convencerás de lo absurdo que es suponer que él podría alguna vez hacer una reverencia o comportarse como cualquier otra persona.” Habiendo resuelto este punto a nuestra satisfacción, el siguiente que consideramos fue determinar de qué manera informaríamos a M’Kenrie sobre la opinión favorable que Janetta tenía de él... Finalmente acordamos comunicarle esto mediante una carta anónima que Sophia redactó de la siguiente manera. —¡Oh, feliz amante de la hermosa Janetta!  
—¡Oh, amable poseedor de su corazón,  
cuyo destino es entregarlo a otro!  
¿Por qué demoras así en confesarle tu amor?  
¡Oh, considera que en pocas semanas se pondrá fin  
a toda esperanza halagüeña que ahora puedas tener,  
al unir a la desafortunada víctima de la crueldad de su padre  
con el execrable y detestado Graham!

¡Ay! ¿Por qué, entonces, consientes tan cruelmente en la miseria proyectada tanto de ella como de ti mismo, al retrasar la comunicación de ese plan que sin duda ha ocupado tu imaginación por mucho tiempo? Una unión secreta asegurará al instante la felicidad de ambos. El amable M’Kenrie, cuya modestia, como luego nos aseguró, había sido la única razón por la cual había ocultado durante tanto tiempo la intensidad de su amor por Janetta, al recibir esta nota voló en alas del amor hacia Macdonald-Hall y manifestó tan poderosamente su afecto hacia quien la inspiraba, que después de algunos encuentros privados más, Sophia y yo tuvimos la satisfacción de verlos partir hacia Gretna-Green, lugar que eligieron para celebrar sus nupcias, prefiriéndolo a cualquier otro sitio aunque estuviera a una considerable distancia de Macdonald-Hall. Adiós.

Laura

Décima segunda carta. Laura en continuación.

Habían pasado casi un par de horas antes de que Macdonald o Graham sospecharan algo del asunto. Y quizás ni siquiera entonces lo habrían sospechado, si no fuera por el siguiente pequeño accidente. Un día, Sophia, al abrir con una de sus propias llaves un cajón privado en la biblioteca de Macdonald, descubrió que era el lugar donde él guardaba sus papeles importantes y, entre ellos, algunos billetes de banco por una suma considerable. Ella me comunicó este descubrimiento; y, habiendo acordado juntas que sería un trato adecuado para un ser tan vil como Macdonald privarlo de dinero —dinero que probablemente había sido obtenido de manera deshonesta—, decidimos que la próxima vez que cualquiera de nosotras pasara por allí, tomaríamos uno o más de los billetes del cajón. Este bienintencionado plan lo habíamos ejecutado con éxito en varias ocasiones; pero ¡ay!, el mismo día de la fuga de Janetta, mientras Sophia estaba majestuosa y cuidadosamente trasladando el quinto billete del cajón a su propio monedero, fue de repente, y de la manera más impertinente, interrumpida en su tarea por la entrada del mismísimo Macdonald, quien irrumpió de forma abrupta y precipitada. Sophia (quien, aunque naturalmente era toda dulzura encantadora, podía, cuando la ocasión lo exigía, hacer gala de la dignidad de su sexo) adoptó al instante una expresión sumamente severa, y lanzando una mirada airada al descarado culpable, le exigió en tono altivo:

—¿Por qué motivo se había atrevido a irrumpir tan insolentemente en su retiro? El descarado Macdonald, sin siquiera intentar excusarse del delito que se le imputaba, se rebajó vilmente a reprochar a Sophia por haberlo despojado innoblemente e de su dinero… La dignidad de Sophia se sintió profundamente herida. «¡Miserable! —exclamó ella, mientras devolvía apresuradamente el billete al cajón— ¿Cómo te atreves a acusarme de un acto cuya sola idea me sonroja?» El vil desgraciado seguía sin convencerse y continuó recriminando a la justamente ofendida Sophia con un lenguaje tan injurioso, que al final provocó tanto la dulce gentileza de su carácter, que la llevó a vengarse de él informándole de la fuga de Janetta y de la parte activa que ambas habíamos tenido en el asunto. En ese momento de su disputa, entré a la biblioteca y, como puedes imaginar, me sentí tan ofendida como Sophia por las acusaciones infundadas del malévolo y despreciable Macdonald.

«¡Vil canalla! —grité— ¿cómo puedes atreverte, sin vergüenza alguna, a intentar manchar la inmaculada reputación de una excelencia tan resplandeciente? ¿Por qué no sospechas de MI inocencia también, ya que estamos?»

«Quédese tranquila, señora —respondió él—, Sí la sospecho, y por lo tanto debo pedirles que ambas abandonen esta casa en menos de media hora.»

«Nos iremos con gusto —respondió Sophia—; nuestros corazones te han detestado desde hace tiempo, y nada sino nuestra amistad por tu hija pudo habernos inducido a permanecer tanto tiempo bajo tu techo.»

«Vuestra amistad por mi hija, en verdad, se ha ejercido con gran fuerza... arrojándola a los brazos de un cazafortunas sin principios» —replicó él.

«¡Sí! —exclamé yo—. En medio de toda desgracia, nos servirá de consuelo reflexionar que con este solo acto de amistad hacia Janetta, hemos saldado con creces toda obligación que hayamos recibido de su padre.»

«Debe ser, en verdad, una reflexión muy grata para vuestras mentes tan elevadas» —dijo él.

Tan pronto como empacamos nuestro vestuario y objetos de valor, abandonamos Macdonald Hall, y tras haber caminado aproximadamente una milla y media, nos sentamos a la orilla de un arroyo claro y límpido para refrescar nuestros miembros exhaustos. El lugar era propicio para la meditación. Una arboleda de olmos completamente crecidos nos protegía del Este. Un lecho de ortigas también completamente crecidas nos resguardaba del Oeste. Frente a nosotras corría el murmullo del arroyo y a nuestras espaldas pasaba el camino de peaje. Estábamos en un ánimo contemplativo y en una disposición ideal para disfrutar de un lugar tan hermoso. Un silencio mutuo que había reinado por algún tiempo se rompió cuando exclamé:

“¡Qué escena tan encantadora!  
¡Ay! ¿Por qué no están Edward y Augustus aquí para disfrutar de sus bellezas con nosotras?”

—¡Ah, mi querida Laura! —exclamó Sofía—. Por favor, te ruego que no me recuerdes la triste situación de mi esposo preso. ¡Ay!, ¿qué no daría yo por saber el destino de mi Augusto? Saber si aún está en Newgate, o si ya ha sido ahorcado. Pero nunca podré dominar tanto mi sensibilidad como para preguntar por él. ¡Oh!, te suplico que no vuelvas a pronunciar su amado nombre. Me afecta demasiado, no soporto escucharlo, hiere mis sentimientos.

—Perdóname, mi querida Sofía, por haberte ofendido tan involuntariamente —respondí—. Y cambiando de tema, la invité a admirar la noble grandeza de los olmos que nos protegían del céfiro oriental.

—¡Ay, mi Laura! —replicó—, te ruego que evites un tema tan melancólico. No vuelvas a herir mi sensibilidad con observaciones sobre esos olmos. Me recuerdan a Augusto. Él era como ellos: alto, majestuoso, poseía esa noble grandeza que tanto admiras en ellos.

Me quedé en silencio, temerosa de que pudiera, sin querer, angustiarla más al tocar otro tema que le recordara nuevamente a Augusto.

—¿Por qué no hablas, mi Laura? —dijo ella después de una breve pausa—. No soporto este silencio, no debes dejarme a mis propios pensamientos; siempre vuelven a Augusto.

—¡Qué cielo tan hermoso! —dije—. ¡Qué encantador es el azul, variado por esas delicadas franjas blancas!

—¡Oh, mi Laura! —respondió ella retirando rápidamente la vista tras una mirada fugaz al cielo—. No me atormentes así, llamando mi atención hacia un objeto que me recuerda tan cruelmente al chaleco de satén azul de mi Augusto, con rayas blancas. Por piedad hacia tu desdichada amiga, evita un tema tan angustiante.

¿Qué podía hacer? Los sentimientos de Sophia eran en ese momento tan exquisitos, y la ternura que sentía por Augustus tan punzante, que no tuve fuerzas para iniciar ningún otro tema, temiendo con razón que pudiera, de alguna manera imprevista, volver a despertar toda su sensibilidad al dirigir sus pensamientos hacia su esposo. Sin embargo, guardar silencio sería cruel; ella me había suplicado que hablara. De este dilema fui afortunadamente liberada por un accidente verdaderamente oportuno; fue el afortunado vuelco del faetón de un caballero en el camino que corría murmurando detrás de nosotras. Fue un accidente muy afortunado, ya que desvió la atención de Sophia de las melancólicas reflexiones en las que se había estado sumergiendo. Inmediatamente abandonamos nuestros asientos y corrimos en auxilio de aquellos que, tan solo unos momentos antes, habían estado en una posición tan elevada como la de un elegante y alto faetón, pero que ahora yacían por los suelos, desparramados en el polvo. «¡Qué amplio tema para reflexionar sobre lo inciertos que son los placeres de este mundo! —dije a Sophia mientras nos apresurábamos hacia el campo de acción—.

Ella no tuvo tiempo de responderme, pues cada pensamiento estaba ahora absorbido por el horrible espectáculo ante nosotras. Dos caballeros, elegantemente vestidos pero cubiertos de sangre, fue lo primero que impactó nuestra vista. Nos acercamos... eran Edward y Augustus. Sí, querida Marianne, eran nuestros esposos.

Sophia lanzó un grito y se desmayó en el suelo; yo grité y, al instante, enloquecí. Permanecimos así, mutuamente privadas de nuestros sentidos durante algunos minutos, y al recobrarlos, volvimos a perderlos otra vez. Así fue como continuamos en esa desafortunada situación: Sophia desmayándose a cada momento y yo volviéndome loca con la misma frecuencia. Finalmente, un gemido del desdichado Edward (quien era el único que aún conservaba algo de vida) nos hizo volver en nosotras mismas. Si hubiéramos imaginado siquiera durante una hora y cuarto que alguno de ellos vivía, habríamos sido más moderadas con nuestro dolor; pero como supusimos, al verlos por primera vez, que ya no estaban entre los vivos, creímos que no quedaba nada más por hacer que lo que ya estábamos haciendo.

Tan pronto como oímos el gemido de mi Edward, pospusimos nuestras lamentaciones por el momento y corrimos apresuradamente hacia el querido joven. Arrodillándonos a cada lado suyo, le suplicamos que no muriera.  
—Laura —dijo él, fijando en mí sus ojos ya lánguidos—, temo que he volcado.

Me alegré mucho al encontrarlo aún consciente.  
—¡Oh! Dime, Edward —le dije—, te lo ruego antes de morir, ¿qué te ha sucedido desde aquel infeliz día en que arrestaron a Augustus?

Lo haré —dijo él—, y al instante, después de soltar un profundo suspiro, expiró. Sophia cayó inmediatamente en un desmayo otra vez. Mi dolor se hizo más audible. Mi voz vaciló, mis ojos adoptaron una mirada perdida, mi rostro se volvió tan pálido como la muerte, y mis sentidos se vieron gravemente afectados. —No me hables de Phaetons —dije, delirando de forma frenética e incoherente—. Dame un violín. Le tocaré y lo calmaré en sus horas de melancolía. ¡Cuidado, dulces ninfas, con los rayos de Cupido! Evitad las flechas punzantes de Júpiter. Mirad ese bosque de abetos, veo una pierna de cordero. Me dijeron que Edward no estaba muerto, pero me engañaron, lo confundieron con un pepino.  
Así continué exclamando locamente sobre la muerte de mi Edward. Durante dos horas deliré así de manera loca y no habría parado, ya que no estaba en lo más mínimo fatigada, si no fuera porque Sophia, que justo se había recuperado de su desmayo, me suplicó que considerara que la noche ya se acercaba y que comenzaba a caer el rocío.

—¿Y adónde iremos —dije yo— para resguardarnos de ambos?  
—A esa casita blanca —respondió ella, señalando un edificio ordenado que se alzaba entre el bosque de olmos y que yo no había notado antes.

Estuve de acuerdo y caminamos hacia allí. Tocamos la puerta, que fue abierta por una anciana;

Al solicitarle que nos alojara por la noche, nos informó que su casa era pequeña, que solo tenía dos habitaciones, pero que sin embargo seríamos bienvenidos en una de ellas. Quedamos satisfechos y seguimos a la buena mujer dentro de la casa, donde nos alegró mucho ver una chimenea confortable. Ella tenía una sola hija, que entonces tenía apenas diecisiete años, una de las mejores edades; pero ¡ay! era muy sencilla, y se llamaba Bridget... Por lo tanto, no se podía esperar mucho de ella, no se suponía que poseyera ideas elevadas. Sentimientos delicados o sensibilidades refinadas. Ella no era más que una joven de buen carácter, cortés y servicial; como tal, apenas podíamos disgustarnos con ella, era solo un objeto de desprecio. Adiós.

Laura

Décimo cuarta carta. Laura en continuación.

Ármate, mi amable joven amiga, con toda la filosofía que dominas; reúne toda la fortaleza que posees, porque ¡ay! en la lectura de las siguientes páginas tu sensibilidad será puesta a la prueba más severa.

¡Ah!  
¿Cuáles fueron las desgracias que antes había experimentado y que ya te he contado, comparadas con la que ahora voy a relatarte?  
La muerte de mi padre, de mi madre y de mi esposo, aunque casi más de lo que mi dulce naturaleza podía soportar, fueron bagatelas en comparación con la desgracia que ahora estoy a punto de narrar.

A la mañana siguiente. A nuestra llegada a la casita, Sophia se quejó  
de un dolor violento en sus delicados miembros, acompañado de un desagradable dolor de cabeza. Lo atribuyó a un resfriado provocado por sus continuos desmayos al aire libre, mientras caía el rocío la noche anterior.

Temía que ese fuera, con demasiada probabilidad, el caso; pues, ¿cómo podría explicarse de otro modo que yo hubiera escapado de la misma indisposición, sino suponiendo que los esfuerzos físicos que hice activaron tanto mi sangre que me hicieron inmune a la humedad helada de la noche, mientras que Sophia, yaciendo totalmente inactiva en el suelo, debió haber estado expuesta a toda su severidad?

Estaba profundamente alarmada por su enfermedad, que, aunque pueda parecerte insignificante, una cierta sensibilidad instintiva me susurraba que al final sería fatal para ella. ¡Ay! Mis temores estaban demasiado justificados; ella fue empeorando gradualmente, y yo me sentía cada día más alarmada por su estado. Finalmente, se vio obligada a permanecer únicamente en la cama que nos había sido asignada por nuestra digna casera. Su enfermedad se convirtió en una tisis galopante y, en pocos días, se la llevó. En medio de todos mis lamentos por ella (y podés imaginar lo intensos que fueron), aún hallé cierto consuelo al reflexionar que le había brindado todos los cuidados posibles durante su enfermedad. Lloré por ella cada día, bañé su dulce rostro con mis lágrimas y apreté sus delicadas manos continuamente entre las mías.

Mi amada Laura —me dijo unas horas antes de morir—, toma advertencia de mi triste final y evita la conducta imprudente que lo ha ocasionado… Cuidado con los desmayos… Aunque en el momento puedan parecer agradables, créeme que al final, si se repiten con demasiada frecuencia y en momentos inapropiados, resultarán destructivos para tu constitución… Mi destino te lo enseñará… Muero como mártir de mi dolor por la pérdida de Augustus… Un desmayo fatal me ha costado la vida… Cuídate de los desmayos, querida Laura… Un ataque de locura no es ni una cuarta parte tan perjudicial; …es un ejercicio para el cuerpo y, si no es demasiado violento, me atrevo a decir que contribuye a la salud en sus consecuencias. Enloquece tantas veces como quieras; pero no te desmayes.

Estas fueron las últimas palabras que me dirigió… Fue su consejo en el lecho de muerte a su afligida Laura, quien desde entonces lo ha seguido con la mayor fidelidad.

Después de haber acompañado a mi lamentada amiga a su temprana tumba, inmediatamente (aunque ya era tarde por la noche) abandoné el detestado pueblo en el que ella murió y cerca del cual habían fallecido mi esposo y Augustus. No había caminado muchos metros cuando me alcanzó una diligencia, en la que viajé hacia Edimburgo, donde esperaba encontrar algún amigo amable, alguien que tuviera piedad de mí y me recibiera y consolara en mis aflicciones. Era tan oscuro cuando entré en la diligencia que no pude distinguir el número de mis compañeros de viaje; solo pude percibir que eran muchos. Sin embargo, sin importar nada respecto a ellos, me entregué a mis tristes reflexiones. Reinaba un silencio general, un silencio que solo era interrumpido por los ronquidos fuertes y repetidos de uno de los pasajeros. “¡Qué villano tan inculto debe ser ese hombre! (pensé para mí misma) ¡Qué falta total de delicadeza y refinamiento debe tener alguien que puede así chocar nuestros sentidos con un ruido tan brutal! ¡Estoy segura de que es capaz de toda clase de malas acciones! ¡No hay crimen demasiado oscuro para un carácter así!” Así razonaba para mis adentros, y sin duda esas serían también las reflexiones de mis compañeros de viaje. Finalmente, con la llegada del día pude contemplar al sinvergüenza sin escrúpulos que había alterado tan violentamente mis sentimientos. Era Sir Edward el...